





Hoja de Nuestra Señora de la
Clara Esperanza

N.59

REVISTA

www.hoja.claraesperanza.net
hoja.claraesperanza@gmail.com

- artículos
 - Guerra y ocio 
 - Madurar en la fe 
- quiénes somos
- artículos anteriores

Síguenos en:



Claraesperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza



“Que la Virgen, co-participante íntima en el diseño de salvación, nos acompañe en el camino de la pasión y de la cruz hasta el sepulcro vacío para encontrar a su Hijo divino resucitado.”
Juan Pablo II

Guerra y ocio

Tolstoi. Todos recordamos una de sus grandes novelas: «Guerra y Paz». Puede parecernos que la paz es lo opuesto a la guerra. La no-guerra.

Y no es exactamente así. Naturalmente que, cuando la gente está agotada por las luchas, sueñan, desean con toda el alma la paz, aunque sea alcanzada con algunas claudicaciones. ¡Todo, antes que seguir matando y muriendo!

Sin embargo, la guerra es fuente de heroísmos, compañerismos profundos, de un vivir siempre alerta, en tensión; saboreando minuto a minuto el milagro de vivir y de ese esfuerzo e inventiva tan necesarios para solucionar en cada momento lo imprevisto.

Cuando se alcanza la paz, aunque de momento sea como un néctar embriagante, a la larga puede ser aburrida por monótona y átona, y acaso se puede caer en la tentación, por puro tedio, de volver a hacer la guerra que, paradójicamente, es más vital.



Es que, lo verdaderamente opuesto a la guerra no es la paz, sino «la fiesta».



En esta renace la camaradería por encima del estado social, la hermandad humana sobre las diferencias de la gente. La creatividad para alcanzar el entusiasmo, la inventiva para ser solidariamente felices. La fiesta sí que es la actividad tensa opuesta a la tensión de la guerra.

Alfredo Rubio de Castarlenas



Foto: Javier Bustamante

N. 59

● **artículos**

Guerra y ocio

Madurar en la fe

● **quiénes somos**

● **artículos anteriores**

Madurar en la fe: amar a Dios

La experiencia de fe de una persona no es un hecho más que suma con otras experiencias de la vida. Muchas veces, con la manera de vivir de los que nos llamamos cristianos, hemos dado a entender que la fe se reducía al cumplimiento de una serie de normas y rituales. Si así fuera, ciertamente ocuparía un tiempo y un espacio de dedicación delimitados.

Pero el caso es que la fe cristiana es expansiva. Es decir, si se la deja crecer, va asumiendo más y más ámbitos de nuestra vida, hasta que llega un momento en que no hay nada de nuestro pensar, actuar, sentir, etc., que no esté empapado de esta fe. Este es el final de un itinerario de madurez que hemos de recorrer en nuestra fe.

No podemos plantearnos ser cristianos si antes no tenemos claro que hemos de ser buenos seres humanos. O sea, personas de buenos sentimientos y actuaciones, con una consciencia ética que nos hace ser y hacer de una manera determinada, tanto hacia nosotros mismos, como hacia otros seres humanos e, incluso, seres vivos y entorno físico.



Fijémonos que ni si quiera nos hemos atrevido a hablar de ser buenos cristianos. Es que, ni buenos ni mediocres: no podemos considerarnos en absoluto seguidores de Jesús si no lo fundamentamos en un armazón humano lo mejor posible dentro de nuestras limitaciones.

Cuando hoy hemos de dar cuenta de nuestra fe, no necesitamos otra cosa que hablar de una experiencia vital



Foto: Patricia Castillo

N. 59

artículos

Guerra y ocio

Madurar en la fe

quiénes somos

artículos anteriores

Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

que da forma a toda nuestra vida, y no sólo a un pedazo. Porque el Dios de Jesucristo es una persona y, por tanto, la fe en él supone el desarrollo de una relación personal de estima. El amor que nos une a Dios ha de ir creciendo y madurando, plenificándonos. Por tanto, cuando se nos pregunta quién es Dios, qué es la fe, nuestra respuesta no difiere tanto de lo que responderíamos al hablar de una persona con la cual tenemos unos vínculos fortísimos.

El Dios en el que creemos es “alguien”, no es un concepto ni una idea que haya que exponer o defender. Ha pasado el tiempo de las apologías. A nosotros nos toca mostrar aquél que es importante en nuestra vida y lo que sentimos que hace en ella. Esto es el testimonio, que es respetado por muchas personas –incluso no creyentes–, que reconocen palabras y hechos de verdad en la vida de gente como Teresa de Calcuta, el abbe Pierre, y tantas otras mucho más anónimas que dejan su huella en los entornos inmediatos. El verbo con el que tenemos que conjugar nuestra fe es mucho más “amar”, que “creer”. Tal como va creciendo el amor hacia Dios, se va matizando la sensación de tener que hacer un “acto de fe” en su existencia y presencia.

Del mensaje y personalidad de Jesús de Nazaret se deriva todo un contenido ético, un modelo de lo que es ser hombre, asumible para cualquier persona, sea o no creyente. Para los creyentes, además de este mensaje natural, hace falta asumir uno “sobrenatural” o trascendente, igualmente importante. Sin perder ni

una hebra de este aspecto ético, hemos de integrar con normalidad y sencillez, la experiencia de misterio que percibimos en nuestra vida; una experiencia accesible a todos y no sólo a algunos escogidos. Dios es una presencia clara para quien está abierto a comunicarse con códigos diversos.

Sin tener que hacer bandera de nada, quien es verdaderamente contemplativo de Dios, se deja contemplar en lo que es y vive. Y su persona trasluce la presencia del mismo Dios. Esta es la madurez de la fe.

Natàlia Plá Vidal

N. 59

● **artículos**

Guerra y ocio

Madurar en la fe

● **quiénes somos**

● **artículos anteriores**

